



MALLORCA

REVISTA DECENAL



NÚMERO LXXXVII

(25 de Marzo de 1901)

SUMARIO.—*La poesía*. IV, (conclusión), por D. B. C.—*Pange lingua gloriosi lauream certaminis* (poesía), por Jibé, de Perpignan.—*El Doctor Bousseau* (conclusión), por Pablo Feval.—*Miscelánea*.—*Despedida*.

APÉNDICE.—Cubiertas, anteportada y portada del tercer volumen de MALLORCA.

(Véanse las advertencias de la cuarta plana).



PALMA DE MALLORCA

Tipografía de las Hijas de J. Colomer

MAGNÍFICA OLEOGRAFÍA

DE

EL PADRE SANTO LEON XIII

INVITANDO LAS CINCO PARTES DEL MUNDO Á RENDIR HOMENAJE
Á JESUCRISTO REDENTOR

Publicada por la Sociedad Litoleográfica de San José, de Módena.
Tamaño: 98×67 cm.

Precio: 6 pesetas cada ejemplar

De venta en esta Administración: Palacio, 18.



LA CATALANA

CORSÉS forma PARISIÉN

Calle de Brossa, 12, Tienda

Grande y variado surtido en corsés de todas clases y hechuras á precios sumamente económicos y en especial los de forma PARISIÉN.—Especialidad en la medida y en fajas ortopedicas, etc.

NOTA.—Se pasa á domicilio á tomar medidas. Puntualidad en los encargos.

BUEN CORTE, ESMERADA CONFECCIÓN, GÉNERO SUPERIOR

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

HIJAS DE JUAN COLOMAR

CAMPANA, 2.

Se confeccionan toda clase de trabajos á una y varias tintas.
Encuadernaciones esmeradas y sencillas.

Halláanse de venta los impresos de toda la nueva modelación
de Contribuciones.

MALLORCA

REVISTA DECENAL

LA POESÍA

IV



ALTER Scott ha hecho de las tradiciones cristianas y caballerescas de la Edad media, y especialmente de las de su país, el asunto perpetuo de sus magníficas y numerosas novelas.

El canónigo Schmid ha tratado de arraigar, por medio de sus lindísimos cuentos, los principios de la buena moral en el corazón sencillo de los niños.

Chateaubriand ha dedicado su brillante pluma á encarecer las bellezas del Cristianismo.

Manzoni y Silvio Pellico han cantado en armonioso estilo la dulzura del sentimiento cristiano y los placeres de una alma recta.

El P. Bresciani, de la Compañía de Jesús, es autor de gran número de excelentes novelas, en elogio de las cuales bastará decir que han sido aceptadas y prohijadas por la *Civiltà Cattolica*, sabia revista italiana, así como también las de sus compañeros los PP. Ballerini, Piccirillo y Franco.

El Vizconde de Arlincourt, aunque con rasgos á veces en demasía apasionados, ha sabido tocar con suma delicadeza las fibras más sensibles del corazón humano.

Federico Cooper, Appilly, Mme. Bourdon y algunos otros escritores franceses y alemanes han sabido hacer de la Religión y de la sana moral el objeto de sus hermosas concepciones.

El Arte y la Poesía han sufrido en Alemania notable reacción en sentido católico durante el siglo XIX. Novalis, el conde de Stolberg, los hermanos Schlegel, Werner, Luis Tieck y Adam Muller, nacidos en el protestantismo, todos convertidos á la religión católica, todos poetas insignes ó ilustres escritores, son prueba inequívoca y honrosa de aquella reacción. Hombres de vastos conocimientos, imaginaciones brillantísimas, talentos de primer orden, de portentosa influencia

en la literatura alemana, comprendieron un día la verdad y grandeza del Catolicismo, la pequeñez y embarazos de las sectas protestantes, y sin temor á las contradicciones ni á los sarcasmos de sus contemporáneos, hicieron pública profesión de fe católica, y dedicaron sus sabias y elegantes plumas á la defensa y apoteosis de sus nuevas creencias.

Pudiéramos citar en Alemania varias escritoras renombradas, que han cultivado con notable éxito la poesía y la novela. Nos concretaremos á una sola: la Señora Condesa Ida Hahn, cuyas dos novelas *El Peregrino* y las *Dos Hermanas* han sido traducidas al francés por Vernon.

Merece particular mención, además de los autores citados, que no son sino la mínima parte de los que pudieran citarse, el ilustre y respetabilísimo Cardenal Wisseman, el cual, descansando un momento de la fatiga de sus profundos y graves estudios, dió en la *FABIOLA* un excelente modelo de la novela cristiana.

El autor, conociendo perfectamente la provechosa influencia que este género de libros puede ejercer sobre la juventud, estimuló los escritores católicos á imitarle, y consiguió en gran parte su objeto.

Bajo el título «Relaciones (Récits) de la historia de la Iglesia» ha publicado un editor (1) la colección de varias imitaciones de *FABIOLA*, la cual comprende hasta ahora: Hanani el Esenio, escenas de los tiempos apostólicos; Sabiniano ó los primeros apóstoles de la Galia; los Hijos de Ario y Miguel Soudais, todas ellas de C. Guénot; Antonio ó los mártires de Lyon, por Beugnon; Rodoaldo, ó el último príncipe lombardo, por Merlettes; las Leyendas de San Francisco de Asís por sus tres compañeros, publicadas por el Pbro. Latreiche; los colonos de Faviano, la Ermita del monte de los Olivos, Jelynis ó los cristianos bajo Domiciano, por Enrique Guénot; Roberto de Saveruy, por Emery; Nysa, por Labadye; el Misionero de la tierra maldita y el ahijado del Obispo, por Navery.

Otro editor (2) ha hecho otra colección de las hermanas de *Fabiola*, en la cual ha reunido las siguientes, además de la misma *Fabiola*:

Begga, ó la Iglesia bajo los Merovingios, y Vivia, ó los mártires de Cartago, por el Vizconde de Maricourt.

Callista, escenas del África cristiana en el siglo III, por el Cardenal Newman.

(1) Lethielleux.—París.

(2) Casterman.

El Anillo imperial, por Bion.

Emiliano, ó el soldado mártir en el siglo IV, por el Pbro. Hennart
Eusebio, ó los cristianos en el desierto, por Weale.

Marcelino, y la Venganza de un Judío, por el Pbro. C. Guénot.

Epagato, ó los mártires de Lyon, por Villeneuve.

Cesonia, por Lehmann; Lydia, por Geiger; Hermann el premonstratense, ó los judíos y la Iglesia en la Edad media, por el Dr. Weber; Rey y Reina, por Behrle; La Reina Berta y Barbaroja, por Conrado de Bolanden; Ludwig y Edeltrude, por Holzwarth; todas estas traducidas del alemán.

Cecilio Viriato, episodio de los primeros tiempos del Cristianismo en la Gran Bretaña, (anónima).

Laurencia, historia japonesa, por Lady Fullerton, traducida del inglés.

La Vestal, por la baronesa de la Granja, traducida del italiano.

Existen además Hipatía, y AURELIA, debida ésta á la pluma del abogado Quinton, quien la tenía escrita antes que el ilustre Cardenal diera á luz su Fabiola, bien que la publicó posteriormente. (1)

He querido llamar la atención de mis lectores acerca de esta obra del sabio Wisseman y sus imitaciones, como para dar un desengaño á los que desprecian este género de Literatura, y presentar una nueva demostración del bien que puede hacer á los jóvenes, los cuales tienen en la autoridad del esclarecido Prelado de la Iglesia de Inglaterra un medio de templar el rigorismo de ciertos pretendidos moralistas.

¡Ojalá que todos los poetas y todos los novelistas contemporáneos siguieran las huellas de los grandes escritores que quedan citados y de otros que pudieran citarse!

La Poesía tomaría entonces la dirección y la importancia que le corresponden, y la novela haría parte de las obras morales. De este modo la juventud estudiosa formaría su corazón sin peligros, la mujer no tendría que apartar sus ojos de las obras de esa clase y recibiría en ellas la instrucción social conveniente á su sexo, los padres de familia no se verían precisados á velar de continuo sobre las lecturas y los pasatiempos de sus hijos, y los ministros del altar, los hombres timoratos, las autoridades cristianas no tendrían que anatematizar un día y

(1) Mis lectores comprenderán fácilmente las razones que me inducen á no hacer mérito de los excelentes poetas y novelistas españoles contemporáneos.

otro las asquerosas producciones dramáticas, las livianas y corruptoras novelas de nuestro siglo.

¿Llegará un día en que la Poesía y la novela tomen esa dirección saludable y beneficiosa? Creo que por desgracia ese día está muy lejano. La educación viciosa que en la actualidad se dispensa á la juventud de ambos sexos, la condescendencia de ciertos gobiernos que para vivir y mantenerse necesitan sin duda corromper al pueblo á fin de distraerle de sus revueltas y evoluciones, y la inmoralidad que tristemente crece por todas partes bajo el espíritu disolvente de una libertad mal entendida, son otras tantas causas que, á mi juicio, impedirán por muchos tiempos que la Poesía y el Arte recobren su carácter civilizador y cristiano.

Pluguiera al cielo que este juicio fuese equivocado.

Nadie se holgara más que yo de esa feliz equivocación.

B. C.



PANGE LINGUA GLORIOSI LAUREAM CERTAMINIS

(*Traducción catalana.*)

O ma véu publica la gloria
y los llaurés d' aquest combat,
canta 'l triunpho realsat
y de la Créu la gran victoria,
del mon com qué lo Redemptor
en s' immolant fou vencedor.

D' Adam nostre pare culpable
lo Criador planyint la sort
a l' hora que trobá la mort
en menjant lo fruyt llementable,
sobre un albre posá senyal
d' un albre per repará 'l mal.

Aqueixa obra era demanada
pel plan de nostra salvació,
á fí que fos la trahició
per son engany mes enganyada,
y, d' ahont l' ennemich vençut
nos vá ferir, vingués salut.

Quan donch lluhí sobre la terra
la plenitud del temps sagrat,

lo Fill de Deu fou enviat
per son Pare, de l'alta esféra,
y del sant ventre benehit
de nostra carn eixí vestit.

Y recondit lo veyem are
vagint dins un pesébre estret,
y los membres del infantet
los envolca la Verge Mare:
d'una faixa, de nostre Déu
cinta las mans y cada péu.

Eterna que siga la gloria
per la santíssim Trinitat,
pel Pare, pel Fill incarnat,
pel Esprit siga igual memoria,
de cadun y dels tres que 'l nom
alabat siga de tothom.

JIBÉ, DE PERPIGNAN.



EL DOCTOR BOUSSEAU

(Conclusión)

POR otra parte, no habían llegado aún los tiempos en que la Vendea, hombres, mujeres, niños y viejos, alzóse como un gigante. Era la hora primera, la de los temores y las dudas.

Esperemos á mañana. Mañana no habrá lágrimas; la viuda empuñará el arma del difunto esposo para vengarle y continuar su obra. El abuelo verá con los ojos enjutos caer á su lado tres generaciones de hijos; el niño sentirá el corazón crecerle en el pecho; partirá á noche obscura del hogar paterno, correrá bajo las balas que silbarán sobre su cabeza á la altura de un hombre, y se sentará satisfecho sobre el cañón conquistado por su débil y desarmada mano.

Apenas hubo salido Renata cuando, corriendo el pestillo, entró Santiago Manceau. Parecía preocupado; sus manos jugaban maquinalmente con su ancho sombrero de paja.

— Señor Cura — preguntó. Sin duda celebrará la misa antes de partir ¿no es cierto?

El Rdo. Saulnier contestó con un signo afirmativo.

— Es que, prosiguió el jóven; hubiera deseado, si fuera V. tan amable que consintiera en casarme esta mañana.

—Casarte esta mañana? repitió sorprendido el Cura.

— Eso mismo! Usted dirá que no es el momento oportuno. Pero considere que puedo perecer en la lucha, señor Rector, y mi padre es viejo... Si María fuera mi mujer, el pobre anciano no se quedaría solo.

—Eres un bravo mozo, Santiago; pero... tu padre ¿consiente en ello?

—En cuanto á eso, aquí está mi tío que no lo ignora. Además, se publicaron ya los dichos; en cuanto á María, me espera á la puerta.

—Que venga, pues! dijo el Rdo. Saulnier.

Santiago corrió fuera dándole las gracias.

Una hora después se celebraba la misa de boda en casa de Cathelineau. Fué aquélla la más austera ceremonia que se efectuó jamás.

Se unen otros para vivir juntos y felices; allí la boda era un adiós. La novia lloraba; el esposo, antes de pronunciar el juramento conyugal, ¿no había hecho acaso, al desposarse con la guerra, otro juramento más solemne aún? Consumada la unión, los dos esposos, lejos de ser conducidos con toda pompa al común hogar, tuvieron que separarse.—María siguió á sus compañeras; Santiago la besó en la frente, y fué á ocupar su puesto entre los soldados de Cathelineau.

—Ahora—pensó—padre tiene dos hijos; uno solo de ellos se bate; otro le quedará para amarle en sus últimos días.

Los mozos de Pin-en-Mauge se elevaban á ciento poco más ó menos. Componían el ejército oficial de la Vendea; los insurgentes de San Florente, niños del azar, sin jefe conocido, sin fin determinado, no formaban parte regular de la Asociación.

Cathelineau! He aquí el tronco real y único del gran ejército realista.

Las tropas se dirigieron procesionalmente, escoltadas por el pueblo entero, á la plaza de la parroquia. Cathelineau subió las gradas de la Cruz del cementerio, y habló.

Si los grandes hombres de la antigüedad pronunciaron realmente las triunfales arengas que los historiadores ponen tan generosamente en su boca, preciso es creer que el día se componía entonces de treinta y seis horas y que las batallas duraban solamente diez minutos.

Lo que Cathelineau habló ningún Tito Livio lo refirió jamás.

El Rdo. Saulnier bendijo una cruz; era el estandarte. En el momento en que se dió la señal de partida, Cathelineau se puso su rosario alrededor del cuello, la cual reemplazó, hasta nueva orden, los entorchados de Capitán General.

Hacia las diez de la mañana se pusieron en marcha. La muchedumbre los acompañó hasta la salida del pueblo. Allí Cathelineau, dando el ejemplo, apretó contra su pecho á su mujer y á sus hijos y les dijo «adiós». Las mujeres permanecieron allí, escuchando el ruido de la marcha y mirando el polvo que flotaba sobre el camino, hasta mucho después que el último de los soldados hubo desaparecido.

—Hágase la voluntad de Dios!—dijo Renata, que, rezando, había encontrado la resignación.

Y emprendieron todos el regreso á sus hogares solitarios.

Cathelineau se dirigió al pueblo de Poitevinière. En todas partes, al pasar, hizo tocar á rebato. Las parroquias enviaban su población en masa para juntarse así los reclutas. Antes de mediodía Cathelineau se vió á la cabeza de seiscientos hombres.

En ninguna parte había hallado el pequeño ejército resistencia alguna.

Eran las cinco de la tarde; el sol ocultaba ya en el horizonte la mitad de su disco. En la cima de escarpada colina descubriase el castillo de La Jallais. La bandera tricolor, que flotaba en lo alto de sus muros, anunciaba, al fin, una plaza enemiga.

—Llega la noche, dijo Cathelineau: he aquí un albergue; adelante!

La guarnición del castillo era numerosa y bien armada. Descubrió á los recién llegados escalando la pendiente á paso precipitado con una especie de altanera alegría.

—No sucederá aquí lo que en San Florente—dijo el magno oficial Baulón, nuestro antiguo conocido.

Ya le conocemos ahora: apuntadles como es debido... Fuego!

Los vendeanos llegaban á la cima; la descarga, bien dirigida, produjo terrible efecto: los asaltantes, asustados, retrocedieron, volviendo grupas entre las befas de los sitiados. Uno solo entre los vendeanos permaneció firme en su puesto; era Cathelineau. A sus voces Santiago retrocedió el primero, después se les unieron todos.

Pero su vacilación, prontamente enmendada, tuvo fatales consecuencias.

En aquél como en otros encuentros los aldeanos perdieron el fruto de su primer ataque al dar tiempo á los republicanos de cargar nuevamente sus armas.

Poco faltó para que la segunda descarga desconcertara de nuevo al

pequeño ejército; pero Santiago alzó la Cruz y lanzó el grito de combate ya conocido de ambos beligerantes:

«Dios y el Rey»!

Los vendeanos se abalanzaron á la puerta del castillo, descargando en ella fuertes hachazos.

Los azules, echados de San Florente, se habían refugiado en La Jallais.

El oficial Baulón y sus fuerzas hallábanse, pues, por tercera vez frente á los vendeanos. Defendióse Baulón valerosamente; pero el valor de Cathelineau parecía haberse comunicado á cada uno de sus soldados. Se precipitaron por la abertura de la desgajada puerta. Una vez dentro, su fogoso coraje acabó con todos los obstáculos. Antes que anoheciera por completo, Santiago plantó la Cruz-pondón en lo más alto de las murallas.

No se trataba de chicos valerosos, sino irreflexivos más bien. Puede decirse que Cathelineau sabía guerrear por instinto. Cuando el enemigo hubo evacuado el castillo, se tomaron toda suerte de precauciones; después se tocó llamada, y el general reunió sus fuerzas en un espacio descubierto, con el fin de dar gracias á Dios.

—Hijos míos—exclamó: demos gracias á aquel que nos ha dado la victoria.

—Permitidme, ciudadanos, clamó una voz débil á distancia; el caso urge: ¿no hay entre vosotros ningún médico?

Todos se volvieron sorprendidos. En un rincón del patio se levantaba un andamiaje cuya forma y objeto no podía distinguirse en la obscuridad. Cathelineau, apoderándose de una linterna, se dirigió al sitio de donde la voz partía.

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Soy yo, ciudadano, el doctor Bousseau, de Chalones—respondió el hombre con la mayor calma. Los desmañados no han sabido siquiera cortarme el cuello debidamente.

La luz de la linterna, al dar en el andamiaje, mostró efectivamente una guillotina cuyo sangriento tridente seguía pegado á la garganta del infeliz doctor, quien, clavado en el aparato, permanecía inmóvil volviendo á derecha é izquierda sus ojos tranquilos y brillantes.

Al nombre de Bousseau, Santiago corrió hacia él.

—Amigo mío, vas á matarme, dijo el doctor; y en verdad que no

lo sentiría mucho, porque mi papel activo empieza á pesarme terriblemente... Es preciso levantar ese acero con mucha precaución... Los estúpidos no han sabido tocar ningún órgano vital. Verdad es que se trata de una guillotina de aldea. Espera! El menor falso movimiento podría completar su obra... Así!

Libre al fin, se enderezó. Manaban de su herida chorros de sangre.

—Como ves—dijo á Santiago,—no guillotinan mejor que fusilan... Sin embargo, no hay que fiarse. La voluntad no les falta, y con la práctica...

—Id á buscar socorro, interrumpió Cathelineau.

—Me parece haberos visto en otra parte ciudadano, añadió el doctor. Ah! ya recuerdo. Y en Beaupreau, en el banco aquel donde estábamos tres... y de noche en la tribuna de la que me echasteis No me engañé: yo había pronosticado que la Convención tendría en vos un rudo adversario... Y á propósito: os aconsejo que no continuéis precipitando al prójimo desde lo alto; podríais ocasionarle graves fracturas.

Algunos vendeanos llegaron con una camilla; antes de ocuparla el doctor quiso examinar la guillotina y ver cómo era que no le había cortado la cabeza.

Realizado satisfactoriamente al examen, se tendió en la camilla y se dejó llevar á la cama. Él fué quien dirigió numerosamente los detalles de su cura, con la misma sangre fría que si de cualquier otro se tratara.

Debemos al lector una corta explicación acerca del suplicio del ciudadano doctor, ordenado por sus hermanos en creencias.

Al salir de San Florente echó á correr, temeroso de que los vendeanos, furiosos de que se les escapara un prisionero de su importancia, salieran en su busca. Llegado á Chalonnnes, halló la ciudad dormida. El desprecio que á su elocuencia habían mostrado los aldeanos insurrectos, le había herido en lo vivo y le prestaba en aquel momento extraordinario ardor. Echó en su memoria, como los antiguos en el casco y los modernos en el sombrero, los nombres de las plazas mas próximas. En esa especie de sorteo el primer nombre que salió fué el de La Jallais. El doctor, sin darse tiempo para respirar, devoró la distancia que le separaba del castillo, se dió á conocer y fué introducido.

Era ya pleno día.

Bousseau debió sorprenderse grandemente de la acogida que se le dispensó al término de su nocturna peregrinación.

--A su *¡Salud y fraternidad!* Baulón respondió levantando impertinentemente los hombros; los oficiales inferiores murmuraron algo poco halagador; los sub-oficiales pronunciaron en alta voz lo que sus jefes cuchichearon, los soldados ahullaron lo que gritaron los sargentos y cabos; en definitiva, en todos los labios se oyó la misma palabra: ¡sospechoso!

El ciudadano Bousseau se encabritó como un corcel de raza al sentir la espuela por primera vez, y protestó. La respuesta fué prenderle en nombre de la República una, etc., etc.

Bousseau fué juzgado y condenado militarmente; pero, como reclamara las ventajas de su posición civil, se le hizo gracia del fusilamiento.

Por casualidad había aquel día en La Jallais una guillotina de paso. Se le colocó debidamente; dos hombres de buena voluntad desempeñaron el oficio de verdugos: hasta aquí todo iba como sobre carriles.

Pero el oficio de ejecutor tiene sus dificultades y tropiezos; además, la guillotina de lance estaba llena de orín, no por no prestar servicio, sino por todo lo contrario.

Después de cinco ó seis tentativas inútiles, llegaron á cortar la cuarta parte del cuello del infeliz doctor.

En el momento de comenzar el ensayo séptimo, los vendeanos derribaron las puertas del Castillo de La Jallais.

A ese cúmulo de circunstancias debió el Doctor conservar enteras sus carótidas.

En tanto, el pobre sufría horriblemente: los aparatos, incompletos y dispuestos con prisa, resultaban ineficaces; la sangre corría. Felizmente llegó el Rdo. Saulnier, seguido de algunas buenas mujeres y una Hermana de la Caridad.

Se ve que el ejército real tenía ya su ambulancia. Los curas de pueblo, llamados diariamente á socorrer enfermos, poseen generalmente ciertos conocimientos médicos; el Rdo. Saulnier se contaba en este número. Apresúrose á regularizar la cura de Bousseau, y se instaló junto á su lecho para prodigarle los cuidados que reclamaba su estado.

El acero de la guillotina no había interesado ningún órgano esencial. Una vez contenida la hemorragia, el doctor, volviéndose del otro lado, quedó profundamente dormido.

Hacia la una despertó, sintióse fuerte, ágil. Echando una ojeada al rededor del cuarto, vió al sacerdote rezando junto á la cama.

—Ciudadano,—le dijo—vuestros cuidados me conmueven. Aunque uséis el traje de labrador, sospecho que sois el pontífice de alguna llamada parroquia de estos alrededores. Lo siento por vos, ciudadano; vuestro rostro expresa indulgencia y franqueza, parecéis destinado para más elevado cargo.

El sacerdote se inclinó sonriendo.

—Y decidme,—añadió Bousseau—¿crééis que permaneceré aquí mucho tiempo?

—Sólo vuestra herida os impide ser libre, caballero, contestó el cura.

El doctor le miró con desconfianza.

—El *calotín* saca siempre la orejita, murmuró. La verdad les quema la lengua.

—Así pues—prosiguió—¿no hacéis prisioneros?

—No.

—Entonces ¿á qué batirse?

—Tiempo vendrá, me lo temo, - dijo el cura con gravedad y tristeza—en que la guerra tomará ese carácter de encarnizamiento que distingue las discordias civiles. El derramamiento de sangre trae de la mano fatales represalias. Hasta ahora somos vencedores; no tenemos crueldades que vengar. Os lo he dicho ya; sois libre.

—Así pues ¿me tratáis como á niño enfermo?—exclamó riendo el doctor. Dejad ese juego, y decidme francamente: Se me fusilará mañana?

—A mi vez, os pregunto: para qué?

—Para qué! repitió el médico sorprendido. Para qué! Ciudadano pontífice; esta pregunta carece de sentido común. ¿Ignoráis que soy el ciudadano Bousseau?

El Rdo. Saulnier no respondió.

Siguieron unos momentos de silencio; después Bousseau exclamó de repente, con irritada voz:

—Para tratarme así, como á hombre sin importancia ¿quién sois y qué pretendéis?

El sacerdote, sin dejar su tono dulce, desarrolló en pocas palabras los motivos de la insurrección vendeana.

—Esto sería muy hermoso si no fuese absurdo. En cuanto á vuestros sueños de moderación, no quiero ocuparme en ellos. ¿Quién po-

dría prestar al hombre tanta mansédumbre y tanto valor á la vez?

—La Religión—dijo el cura.

El Doctor era muy bien educado para manifestar desprecio, y contentóse con decir una palabra! Y con esta palabra se hace un San Bartolomé!

El Rdo. Saulnier era modesto siervo de Dios, acostumbrado á predicar la verdad evangélica á corazones sencillos como el suyo y dispuestos á creer en su palabra; aquí se trataba de convencer á un incrédulo: el pobre sacerdote, tímido y desconfiando en sus propias fuerzas, titubeó al pronto en encargarse de una obra que reputaba superior á sus fuerzas.

Habló, sin embargo, y el asunto le inspiró; estuvo elocuente. El Doctor, que atentamente le escuchaba, acogió las conclusiones del sacerdote con una sonrisa de desconfianza.

—Todo eso es cierto—dijo—; son muy sanas ideas; sin embargo, cura ciudadano, he de haceros observar que me habéis robado muchas de mis ideas.

Vuestras ideas? repitió admirado Saulnier.

—Sí, ciudadano, mis ideas, mi doctrina, la doctrina Bousseau, el fruto de mis vigiliass y de mis trabajos, la doctrina que han pillado antes que vos todos los factores de sistemas sociales.

—Jesucristo, empero, cuya divina palabra me he limitado á parafrasear, ha dicho esas mismas verdades hace diez y siete siglos.

Bousseau dirigió á su interlocutor una mirada compasiva.

—Jesucristo!—dijo sonriendo—es un espíritu lleno de ingenio, pero sin profundidad. Oid mi doctrina, y convertíos, ciudadano pontífice! Voy á explicaros el principio!

El Doctor, cambiando de tono, dió á su voz la inflexión lenta y monótona que afectaba en las grandes circunstancias. Amalgamó en interminable discurso frases de Rousseau, de Fenelon, de Volney, de Bernardino de Saint-Pierre, de Babeul, de la Harpe, de Condorcet, de Robespierre y del Rdo. Siegès. A ese muestrario añadió—lo que fué más deprecable aún—retazos de su propia cosecha; el conjunto formó una amalgama, un imposible galimatías; algo muy indigesto y extravagante.

A medida que avanzaba en su arenga se iba animando, adquiriendo

más triunfal entonación. Parecía saborear el efecto que su elocuencia producía en un auditorio imaginario. El cura le escuchó al principio con escrupulosa atención; después, vencido por la irresistible influencia de aquella voz sorda que iba desgranando incesantemente obscuras é incomprensibles soserías, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se durmió profundamente.

La medicina ha encontrado amenudo en los maniáticos la astucia desarrollada hasta el más elevado grado. No sabemos, en verdad, si el Doctor había preparado y meditado desde larga fecha la jugarreta; lo que es seguro es que supo aprovecharse hábilmente de las circunstancias. Siguió con la vista los movimientos del sacerdote; cuando la cabeza de éste cayó, una sonrisa imperceptible animó los labios de Bousseau, que no por eso calló, continuando con paciencia en peroración.

Pasó un cuarto de hora; el Rdo. Saulnier dormía profundamente. El doctor enmudeció de repente, saltó sin ruido de la cama, abrió la ventana con precaución, y echó un vistazo fuera.

— Treinta pies, murmuró. Alto es; pero vale más morir así que á las manos de esos bestias que me confunden con Jesucristo!

Regresó á su cama, retorció las sábanas, atólas sólidamente al balcón, y se deslizo por ellas.

— Si me prenden—decía bajando—me fusilan; si se rompe este débil sostén, me hago trizas; si me escapo, me espera la guillotina... Las dificultades con que uno tropieza al regenerar el mundo son verdaderamente considerables!

Nada de eso debía suceder.

A la mañana siguiente, mientras los vendeanos, guiados por Cathelineau, salían del castillo de La Jallais, que quedada al cuidado de una guarnición suficiente, se presentó el Rdo. Saulnier inquieto y apenado.

— El desdichado prisionero escapó esta noche, dijo. En el estado en que su herida le puso, temo que no haya podido ir muy lejos. La ventana da sobre el foso, y.....

Se interrumpió; su mirada acababa de detenerse en las sábanas pendientes aún del balcón y rotas á dos codos del suelo.

— El pobre se habrá ahogado—dijeron algunos.

Las circunstancias habían establecido cierta unión entre Santiago y el Doctor.

El joven guerrero corrió hacia el foso.

—Aquí está! gritó enseguida.

El doctor ciudadano se encontraba allí, en efecto; pero *quantum mutatus ab illo..!* Su rostro completamente desfigurado conservaba las señales del fango en que se hallaba sepultado hasta la cintura.

Temblaba, y apenas el verle. Santiago se hundió valerosamente en el foso, y logró extraerle; el Doctor subió trabajosamente.

Llevaba á cada momento la mano á la cabeza como quien despierta.

—Ciudadanos, ó señores—exclamó—como queráis llamaros; no he cambiado de opinión; pero los principios quedan sepultados en mi bolsillo, bajo el pañuelo, y mi papel activo pertenece á la Historia..... ¿Tenéis mucho empeño en fusilarme?

A los tonos profundos de su voz había sucedido una voz de tenor. Santiago y el sacerdote, sosteniéndole, le llevaron al cuarto en que había pasado la noche. Lograron al cabo tranquilizarle.

—Puesto que no hay empeño en fusilarme, amigos míos,—continuó el Doctor extendiendo sus ateridos miembros ante la lumbre preparada en el cuarto—os prometo neutralidad.... La República hará lo que pueda; yo le retiro mi apoyo.

La República, en efecto, se las arregló como pudo. En cuanto á la curación repentina del doctor Bousseau, no hay que atribuirle á milagro. Los maestros en el arte, á quienes hemos sometido el caso, nos han asegurado que el agua del foso produjo en aquel cerebro desorganizado saludable efecto. Era un loco curado con una ducha.

Desde entonces los locos han tomado la revancha; pero no todos son de tan honrada pasta como el doctor Bousseau.

PABLO FÉVAL.



MISCELÁNEA

El Director del Observatorio de Georgetown, en los Estados Unidos, R. P. Hagen, de la Compañía de Jesús, ha publicado un Atlas de las estrellas movibles, que, á juicio del Profesor Pickering, es una verdadera maravilla científica.

DESPEDIDA

CON el presente número cesa en su publicación la Revista MALLORCA, después de haber cumplido, en cuanto es posible, los compromisos que contrajo al aparecer en el estado de la prensa.

A las Autoridades, á nuestros colaboradores, corresponsales y abonados y á los colegas que nos han honrado con su cambio y no pocas veces con sus elogios, hemos de dar y damos, al despedirnos de todos, las más expresivas gracias por el apoyo moral, intelectual y material por ellos prestado á nuestra humilde obra, cuya rectitud de miras, firmeza de propósitos y templanza de procedimientos sería injusto desconocer y es sobremanera grato proclamar al escribir nuestra última palabra.

LA REDACCIÓN.



INDICE

TRABAJOS EN PROSA

	<u>Páginas.</u>
Una cuestión bíblica, por D. Pedro M. Bordoy.	I
Exposició del Sistema científich Luliá, por D. Salvador Bové, Pbro.	5-17-30-45-57-69-97
El Doctor Bousseau, por Pablo Féval.	11-25-41-52-64-75-90 107-117
Un alma encarcelada	13
Origens dels Cristianisme en la Illa de Menorca, por D. Mateo Rotger, Pbro.	20-33-48
Sobre la muerte de Santo Tomás de Aquino, por D. M. S.	60
La Poesía, por D. B. C.	71-85-99-113
Despedida	127
Bibliografía	14-27-82-95
Miscelánea	15-43-56-84-96-112- 126

POESÍAS

A mi amigo S. L.. por D. Francisco Tortell, Pbro.	9
Elegiaca, por D. Jaime Bofarull, Pbro.	22
A la Conversió del B. Ramón (texto latino y versión mallorquina)	29
Inmortalitat, por D. Miguel Gayá, Pbro.	37
Canço del Trovayre, por D. ^a Emilia Surda	50
La canço del Gorch Blau, por D. Miguel Costa, Pbro.	63
I o Temps, por D. Juan Aguiló, Pbro.	74
La Flor virginal, por D. Miguel Gayá, Pbro.	88
María y lo Mes de Maitx, por D. P. de A. Peña.	105
Pange lingua gloriosi lauream certaminis, por Jibé	116



JUAN MIRALLES Y SBERT

Se encarga de proporcionar á sus favorecedores, con prontitud y economía, cuantos libros y opúsculos se le pidan.

Cuida de suscripciones á periódicos y Revistas, así nacionales como extranjeros, mediante muy módica comisión.

Admite encargos para toda clase de impresos.

Es representante del *Instituto de Arte Cristiano* de Barcelona y de los *Monumenta Historica Societatis Jesu*.

Ofrece á sus clientes un servicio completo de las ediciones litúrgicas (Misales, Breviarios, Diurnos, Rituales, Octavas, Antifonarios, etc.) de la Sociedad de San Juan Evangelista (Tournai), de H. Dessain (Malinas), de Federico Pustet (Ratisbona), de Alfredo Mame é Hijos (Tours) y de Pedro Marietti (Turín), de todas las cuales tiene páginas de muestra y nota de precios.

Facilita toda clase de estampas religiosas, en cromo, grabado en acero, heliografía y fotografía de las principales Casas nacionales y extranjeras, como la Sociedad de San Agustín (Brujas), la Sociedad litoleográfica de San José (Módena) y los Establecimientos de Bouasse-Lebel, Beck y Turgis (París), de Benziger y Compañía (Einsiedeln), de Kühlen (Gladbach), y de Pena y Bordas (Barcelona), de las cuales tiene más de mil modelos de muestra.

Especialidad en recuerdos mortuorios, de primera Comunión y de primera Misa, en imágenes de San Antonio de Padua y en fotografías-sellos para encabezamientos de cartas.

Servicio del ramo de objetos de escritorio: papeles tina (blancos, rayados, comerciales y cuadriculados) y para cartas (blancos y de luto, rayados y lisos, en paquetes y en estuches), sobres de todos tamaños y calidades, cartón secante, obleas, tintas, porta-plumas, plumas, lápices, afile-lápices, limpia-plumas, seca-firmas, pica-notas, bandejas de cristal, frascos de goma, salvaderas, libretas, bobinas de papel engomado, vades de hule, tinteros, etc.; todo conforme al muestrario que tiene á disposición de sus parroquianos.

(PALACIO, 81 PALMA)

ADVERTENCIAS DE LA ADMINISTRACION

1.^a Se suplica á los Sres. subscriptores forenses cuyas cuentas no están todavía liquidadas que se sirvan remitir el importe de las mismas á esta Administración (Palacio, 81,) lo más pronto posible, pudiendo valerse para ello de sellos de quince céntimos.

2.^a Hasta fin de Junio próximo serviremos gratuitamente á nuestros abonados cuantos números se sirvan reclamarnos; advirtiéndole que están agotados los números 1, 3, 58 y 63.

3.^a Tenemos tres colecciones completas, otra á la cual falta el n.º 63 y dos á las que faltan los números 58 y 63. Todas se cederán al precio corriente de suscripción.

HOMENATGE

AL DOCTOR ARCANGÉLIC LO GLORIÓS MÁRTIR DE CRIST

BEAT RAMON LLULL

*ses deixebles, admiradors i devots al primer d' any de 1901
i començament del segle XX*

Forma un volum de 100 pàgines en 4.^t major, a dues columnes, bellament imprès a la tipografia *L' Avenc*.

Preu: 4 pessetes cada exemplar.

N' hi ha depòsit a la nostra Administració, carrer de Palacio, 81.

